

la fuerte posición en que se habían mantenido. Al mismo tiempo, el capitán Cristóbal de Navares obtenía repetidos triunfos sobre otras partidas á quienes él perseguía; y de esta manera, quedándose casi aislado el jefe Teporaca, poco pudo resistir la persecución que se le hizo y cayó en manos del jefe español que inmediatamente mandó ahorcarlo, como causa principal de aquella sublevación. Efectivamente, el ingenio de este indio y su indomable espíritu, fué lo que mantuvo aquella guerra, que pudo ser mucho más funesta para los españoles: luego que murió, los pueblos fueron sujetándose á una obediencia de que no habían podido librarse con el grande esfuerzo que hicieron, y volvieron á quedar las cosas en el mismo estado que tenían antes de los primeros acontecimientos del Valle de Papigochi.

Esta guerra quedó concluida el año de 1652 y en el siguiente pasó el conde de Albadeliste al virreinato del Perú, viniendo á reemplazarlo en el de México, D. Francisco Fernandez de Cueva, duque de Albuquerque, que entró á la capital el 15 de Agosto de 1653. Este hombre amante de las ciencias era de un natural benigno; y tal vez contribuyó á que los malhechores se creyeran impunes y plagaran todos los caminos, causando grandes males al desarrollo del comercio; pero cuando el virrey lo advirtió tomó medidas para impedir este mal, castigando inexorablemente á los delincuentes, que en breve tiempo dejaron libres á los transeuntes y el comercio siguió floreciendo como antes de sentir esta plaga.

Pero cuando se había remediado este mal, otro se presentó para el comercio, que desde entonces quedó expuesto á los funestos efectos de la piratería en el golfo mexicano. Estuvo en el obispado de Quautemalau ó Guatemala, sirviendo una de las doctrinas el célebre Tomas Gage, que volviendo á Inglaterra su país natal, halló gobernando en

ella á Cromwell, con el título de protector: este tirano había gastado las rentas del erario en la persecución que movió á los católicos y temiendo un desaire del parlamento si pedía nuevos subsidios, no hallaba de que manera salir de la crisis financiera en que se veía colocado su gobierno. Estando en esta situación fué informado del religioso apóstata Gage, de que sería muy fácil despojar á los españoles de la posesión de las islas y tierra firme que tenían en este continente, pues eran muy pocas las fuerzas con que contaban para defenderse de un ataque imprevisto. El Padre Cabo supone, que este informe iría acompañado de un plan de las fortificaciones y fuerzas con que guarnecían los puertos; y Cromwell, así por la crítica situación en que se hallaba el erario de su gobierno, como por la envidia que tenía de que solo los españoles disfrutaran de las grandes riquezas del continente americano, aceptó el proyecto del apóstata é ingrato Gage, con la esperanza de sacar los recursos bastantes para afianzar su tiranía, en los despojos de los españoles.

Mandó alistar una escuadra sin hacer manifiesto su destino: y cuando todo estuvo listo y constando de treinta naves de guerra, cuatro mil soldados y un número casi igual de aventureros, mandó salir la expedición á las órdenes del almirante Penn, asociado del coronel Venables que debía dirigir las operaciones de tierra. Salió la escuadra de las costas de la Gran Bretaña y para proveerse de agua aportó á las islas Bermudas, donde se hizo público el objeto de los ingleses de apropiarse de la isla española; con esta voz aumentó considerablemente el número de los aventureros, lisongeados con la ilusión de enriquecerse con los despojos de los isleños, y el 13 de Abril de 1655 la escuadra avistó á las costas de la española. Ya á los isleños les había llegado noticia del ata-

que que en su contra se preparaba y estaban prevenidos con un cuerpo de ejército inferior en número al de los enemigos, pero con el conocimiento de la tierra y la voluntad firme de defenderla. Los ingleses saltaron en tierra y marcharon al interior de la isla con objeto de consumir su proyecto, pero el ejército isleño mandado por D. Juan Morfa, en el primer encuentro les hizo sentir tal descalabro, que con la mayor parte de su gente puesta fuera de combate, volvieron á embarcarse. No se atrevieron á volver á Inglaterra, temerosos de algun castigo por el mal éxito de la expedición, y los gefes acordaron emprender la toma de la isla de Jamaica, que lograron sorprender, antes de que estuvieran impuestos de los sucesos de la española. El gobernador de Santiago capital de Jamaica, pudo entretener algun tiempo á los ingleses, supliendo con la astucia lo que sus contrarios les excedian en fuerza: el duque de Alburquerque mandó un auxilio de tropa á los isleños de Jamaica: pero como tambien los ingleses fueron reforzados por gente de las Bermudas y aun de Europa, el auxilio llegado de México fué ineficaz y los pobladores de aquella isla, adoptaron mejor el medio de abandonar la tierra á sus invasores, que desde entonces quedaron dueños de ella, favoreciendo así la piratería en las aguas del golfo.

En el año de 1656 se hizo tambien la dedicacion del magnífico templo de la catedral en México, el primer edificio de su género en el territorio mexicano. En su construccion se habian gastado sumas de tanta consideracion, que hicieron fijar la atencion de la corte; y se ordenó al virey duque de Alburquerque para que personalmente asistiera á la fábrica activando sus dilatados trabajos. El virey así por esta orden como porque segun hemos dicho, era afecto y decidido protector de las artes, cumplió con

esmero esta comision, logrando que en su tiempo quedaran cerradas las bóvedas de las naves y esta fué la dedicacion, que se hizo en su tiempo; pues la de la conclusion del templo para empezarse en él el servicio divino, no se hizo sino hasta once años despues, el 22 de Diciembre de 1667 gobernador el virey marques de Mancera, despues de un gasto de un millon cincuenta mil pesos.

El duque de Alburquerque, despues de un gobierno pacífico en que procuró dar pruebas de su piedad, rectitud y empeño para promover los adelantos científicos, se volvió á España, viniendo á México para reemplazarlo, D. Juan de Leiva conde de Baños y marques de la Cerda, que hizo su solemne entrada á la capital el 16 de Septiembre de 1660.

Al año siguiente en que este virey habia entrado en posesion de su empleo, tuvo lugar la sublevacion de la provincia de Tehuantepec, nacida segun el sentir del autor de Los Tres Siglos de México, «de las extorsiones que el alcalde mayor hacia á aquellos indios, pues á veces estos empleos solicitan hombres que no piensan sino en acumular dinero, así cometen mil vilezas con grave perjuicio de los indios.» Los españoles de los lugares inmediatos, formaron un cuerpo para contener este alzamiento, y tuvieron que desistir de la empresa despues de llevar en ella la peor parte: esta nueva corrió á México y puso en alarma al virey y todos los vecinos de la capital, porque conocian demasiado, que á pesar de la espantosa destruccion que para entonces se habia hecho de la raza indígena, aun quedaban muchos millares entre quienes podia rápidamente comunicarse aquel incendio, que si se apagaba no habria sido sino á costa de mucha sangre. En medio de estos temores se preparaba un ejército para combatir aquella sublevacion, cuando se tuvo la noticia de haber concluido por las diligentes exhortaciones de D.

Ildelfonso Cuevas Dávalos, mexicano de nacimiento y entonces obispo de Oaxaca. La conducta de este prelado fué tan bien recibida en la corte, que luego que estuvo vacante en la capital la silla arzobispal, se promovió á ella como premio de este servicio.

El año de 1664 se hizo un contrato con D. Bernardo Bernal Piñaredo, para que bajo ciertas condiciones estipuladas, recorriera las costas de California, fundando en un lugar á propósito, un presidio que sirviera de apoyo para dirigir las operaciones de sujetar aquel territorio: pero en lugar de cumplir con las obligaciones que se impuso en el contrato, se dedicó á la pesca de las perlas, en lo que hicieron grandes vejaciones á los naturales, que desde entonces concibieron un odio implacable al nombre español: á la vuelta de este capitán el conde de Baños informó á la corte su mal comportamiento y el mal éxito de su expedición: por lo cual despues en tiempo que gobernaba el marques de Mancera, fué obligado, aunque tambien inútilmente, á cumplir con las obligaciones de su primer contrato.

En el mismo año de 64 volvió el virey á España, llevando consigo el aprecio de los mexicanos, porque su carácter afable lo habia hecho acreedor á la simpatía general, sin embargo que la descarriada juventud de su hijo D. Pedro de Leiva, en las disenciones que tuvo con D. Fernando de Velasco conde de la Laguna, llenaron de amargura los días del virey. En el vireinato fué sustituido por el obispo de Puebla D. Diego Osorio y Escobar, que solo gobernó unos cuantos meses, pues en 15 de Octubre de este mismo año tomó posesion del vireinato D. Sebastian de Toledo, marques de Mancera.

Cuando este virey tomó posesion de su empleo, el país se hallaba en mucha quietud debido á las acertadas medidas de sus antecesores: y aun las provin-

cias occidentales, donde muy á menudo se experimentaba el fuego de la rebelion en los tiempos anteriores, recibió en este tiempo un azote, con que el Señor hace patente á los pueblos el terrible atributo de su justicia, para disponer los corazones á recibir su misericordia. Desde la administracion del conde de Baños, se empezó á sentir en las misiones de la tierra adentro, una espantosa hambre, la cual como casi siempre sucede, no tardó en acompañarse de otra mas estragosa calamidad, como fué una epidemia, que arrebatando millares de víctimas, llenó de afliccion á todos los pueblos. En estas circunstancias, el celo de los ministros que doctrinaban los pueblos crecía en proporcion de las necesidades públicas; y aunque expuestos tambien á los rigores del azote general, corrian sin descanso buscando el alivio de sus ovejas. Entonces mas que nunca se manifestó que la religion con que se civilizaba á los pueblos bárbaros de aquellas regiones era por excelencia la religion que socorria las necesidades del pobre y enjugaba las lágrimas del afligido: el infeliz indígena, que herido de la maligna enfermedad, yacia con su cuerpo desnudo en una choza mal sana, veía con sorpresa que era objeto de las amorosas solicitudes del ministro del Altísimo, para llevarle el consuelo en torno de su lecho de dolor, y abrigar en su alma, el fundamento de la esperanza cristiana, para elevarse sobre todo lo delesnable de este mundo y llegar á poseer la verdadera y única felicidad. No podia ser mayor la prueba de que el móvil de los ministros de la víctima universal, era el cumplimiento de aquel mandamiento nuevo con que el Divino Maestro ordenó el amor entre sus discípulos, para que el que entre ellos fuera mayor, se hiciera servidor de los demas. Ningun atractivo se ofrecía al orgullo y á la sensualidad entre unos pueblos groseros por su incivilidad, donde la languidez de los semblantes re-

velaba la miseria general: en lugar de espaciosos y cómodos albergues contra la inclemencia de los elementos, solo había unas mal construidas chozas; y en lugar de los muelles pavimentos y los balsámicos peveteros para perfumar el ambiente de las estancias, solo se dejaba ver la aridez de un suelo húmedo, cargado con la pesada niebla en que se aspiraban los miasmas de la muerte. Allí sin embargo, venía el encargado de Jesucristo, á derramar su llanto, mezclar sus celestiales consuelos, curar las humanas dolencias con el suave bálsamo de la caridad, y abrir en nombre del Omnipotente, las arcas de la gracia, sobre aquellas almas que aunque sencillas é ignoradas del mundo, estuvieron presentes en los momentos que el Hombre Dios en la cima del Calvario abría las compuertas de su preciosa sangre, para rescatar á una vida de felicidad suprema, al degenerado linage de Adán.

Animados de este espíritu corrian donde quiera que los llamaba alguna necesidad, los encargados de civilizar á los pueblos de Tepehuanes, de la sierra de Topia, de Taramara y la provincia de Parras: los sencillos naturales no eran insensibles á estas pruebas de amor; y aun los que habian permanecido en la barbarie de la gentilidad, venian presurosos á regenerarse con las aguas del bautismo, teniendo como gran dicha poseer la luz de una fé que hace al hombre superior á todas las humanas desgracias y lo eleva á una altura en que es positiva realidad la dicha á quien sin cesar aspira el corazon del hombre. Esto contribuyó á que en aquellos pueblos se aumentara la paz, y como consecuencia de ella, vino el progreso material en el desarrollo del comercio, la agricultura y minería.

En lo demas del vireinato se conservaba la paz, y el maquez de Mancera supo gobernar con tal acierto y prudencia, que satisfecha la corte de su administracion, la

prorogó el año de 1670 por otros tres años mas. El año anterior, el virey habia informado á la corte, los perjuicios que sentia el comercio á causa de la piratería protegida por los ingleses de Jamaica. El rey de España Felipe IV habia muerto el año de 1665 y por la menor edad de Carlos II gobernaba en este tiempo la reina madre, quien ajustó con el rey de Inglaterra un tratado, que se firmó en Madrid el 8 de Octubre del año de 70, que tenia por objeto reprimir los excesos de los corsarios y mantener la paz entre ingleses y españoles para que mutuamente respetaran sus derechos en el comercio. Para la mayor eficacia de este tratado, el rey de Inglaterra quitó á Lynch del gobierno de Jamaica, por ser decidido protector de los corsarios y nombró en su lugar á Lord Wangan hombre de integridad y rectitud, que hizo guardar estrictamente el tratado: inmediatamente mandó recoger todas las patentes de Corso dadas por sus antecesores y manifestó su voluntad de ser inexorable con los que volvieron á piratear. La amenaza del gobernador no hizo de pronto todo el efecto deseado, pues no pasó mucho tiempo, sin que unos corsarios tomaran un rico botin de la isla de Cuba, pero Lord Wangan mandó aprehender á los delincuentes y pronto fueron ahoreados, con cuyo escarmiento, aunque no se quitó del todo aquel mal, se minoró considerablemente.

El año de 1673 volvió á España el marques de Mancera despues de haber concluido su gobierno, y el 8 de Diciembre entró á México para sustituirlo, D. Pedro Nuño Colon, duque de Veraguas, y descendiente del gran almirante Cristóbal Colon descubridor del Nuevo mundo. Cuando este virey llegó á México, la ciudad estaba sufriendo una grande calamidad, á causa de la carestia de granos por haberse perdido las cosechas del año anterior: el duque de Veraguas, tenia á los habitantes de este suelo el

afecto que su ilustre ascendiente; y como él estaba poseido de sentimientos humanitarios, de suerte que su primer cuidado fué librar á la ciudad de los estragos que el hambre hacía en ella. Todos se prometían mucho del benévolo corazón del duque; pero como había venido en una edad ya muy avanzada, la muerte dió el golpe fatal á los seis días de estar desempeñando el gobierno. La reina gobernadora, temerosa de la poca salud del duque, había anticipado un pliego, para que en caso de que él muriese, entrara en su lugar al gobierno el arzobispo de México D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, descendiente de los duques de Alcalá, que inmediatamente entró en el desempeño de su encargo, con el contento de todos los vecinos, pues sabían todos que sabría corresponder á su misión, según el acierto con que había gobernado nueve años la iglesia de Guatemala.

Efectivamente, el resultado correspondió á las esperanzas: el arzobispo virey tuvo un gobierno que el padre Cabo dice que puede servir de ejemplo á los siglos venideros, «porque en él supo templar la justicia con la mansedumbre y la liberalidad con la economía.» Fué muy dedicado á las obras públicas, y en su tiempo se renovaron los empedrados de las calles, se construyeron varios puentes en las acequias de la capital y se reformaron algunos edificios ruinosos, renovó y concluyó el palacio de los vireyes, activó el trabajo del desagüe hasta dejarlo concluido; y en todo esto en lugar de notarse algun exceso en los gastos, mas bien hubo economía, pues merced á su cuidado para la administracion de las rentas reales, logró aumentarlas de manera, que pudo enviar cuantiosas sumas á la corte. En tiempo de este señor, se empezó á acuñar oro en la casa de moneda, que hasta allí se había llevado á España en tejos.

En el año de 1673 se celebró en México la exaltacion

al trono del rey Carlos II, que había salido de la menor edad: y en las fiestas que con tal motivo se hicieron se incendió el templo de San Agustín. El piadoso arzobispo sintió vivamente esta desgracia, y para remediarla, empleó su elevada posición no solo como jefe de la Iglesia, sino del Estado: salió á juntar limosnas para la reparación del edificio y en un día colectó veintidos mil pesos. Tal era el contento con que los mexicanos se veían gobernados por este ilustre varón. Y mientras todos hacían votos porque se prolongara su gobierno, él procuraba salir de él, porque su espíritu amante de la tranquilidad y el reposo, deseaba mas que los honores, evitar los peligros que traen consigo esas elevadas posiciones. Escribió al rey solicitando lo descargara del peso del vireinato, y aunque de pronto no accedía Carlos II por no privar á la Nueva España de un gobernante tan adecuado para su bien estar; pero al fin instado por el ilustre prelado, no solo lo relevó de esta obligacion, sino que también alcanzó de la corte de Roma, se le librara del peso de la mitra. Así quedó libre para volver á España, buscando el descanso de su espíritu y dejando á los mexicanos el sentimiento de haberse separado del gobierno, un amoroso padre para con todos sin escepcion de personas.

CAPITULO XV.

Gobierno del marqués de la Laguna.

Para sustituir al Illmo. D. Fr. Payo Enriquez de Rivera en el vireinato de México, de donde se separó con el general sentimiento, se nombró á D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marqués de la Laguna, quien entró á la capital el 30 de Noviembre de 1680. Al efectuarse es-